

trar, para todos los casos imaginables, una regla de conducta en una casuística con frecuencia muy estrecha. Para convencerse de ello, no hay más que ver esos aficionados á dar consejos sobre las relaciones de los hombres entre sí, esos manuales sobre la apostura, esas indicaciones pedagógicas para conocer los espíritus y tratarlos, esas obras populares sobre ética y psicología.

No podemos admitir esa especie de educación que se da á los niños, pero menos todavía la admitimos desde el punto de vista sobrenatural y para los fines de la vida cristiana. Porque, aunque hayamos dado millares de reglas, y tomado precauciones para todos los casos, y enumerado todos los mandamientos de la humanidad y del Cristianismo, si hemos olvidado una sola cosa, nada hemos hecho. Esta sola cosa es necesaria, ⁽¹⁾ y sin ella todo es vano.

Felizmente el cristiano la posee como modelo y como fin en todos los asuntos naturales y en la práctica de cada virtud cristiana, y ella le sustituye superabundantemente todas sus reglas. Este fin, al cual se dirigen todas sus obligaciones; este modelo, según el cual deben formarse todas sus acciones y su vida entera, es Jesucristo. ⁽²⁾ El cristiano lleva su nombre; es cristiano, para que se forme según Él y aspire á Él.

He aquí lo que hace el cristiano; en esto se distingue de todos los demás hombres. Se hace perfecto, siguiendo á Jesucristo. Su signo característico de cristiano no procede de que haga obras cristianas; cualquiera puede ser extraño á Jesucristo, aunque cumpla todo lo que Jesucristo ha ordenado: también Judas servía al Señor, y le daba lo necesario para su sustento; pero él mismo era su fin, y estaba tanto más distante de ser cristiano, cuanto que más odiosa era la desproporción entre sus actos externos y su vida interna.

Esta es la razón por la cual el Fundador de nuestra fe ha resumido siempre su doctrina en una sola palabra; pa-

(1) Luc, X, 42.

(2) Rom., X, 4. Cf. *supra*, X, 11.

labra que, excepto Él, ninguno ha pronunciado, ni ninguno podía pronunciar; palabra con la cual dió de sí mismo el más alto testimonio: «Sígueme.» ⁽¹⁾

Exige de nosotros que le sigamos, y no solamente que le imitemos. Son estas dos cosas completamente diferentes. Podemos imitar á cualquiera que marcha á nuestro lado, y aun detrás de nosotros, por el mismo camino, y aun á uno que siga caminos diferentes á los nuestros. No hay hombre alguno, por perverso que sea, de quien no podamos aprender algo. Podemos y debemos sobre todo imitar á los santos, por los cuales aprendemos á aplicar á nuestra situación lo que contemplamos á una altura imposible de alcanzar, en el Modelo de toda perfección. Son ante todo nuestros modelos, y, precisamente, porque han sido imitadores perfectos de Jesucristo. ⁽²⁾ Si nos formamos según ellos, nos formamos según Aquél que, lleno de amor, los ha formado según Él, y al que han imitado con la mayor fidelidad. ⁽³⁾ Así, pues, aun siguiendo sus pisadas, no son ellos propiamente hablando á quien seguimos, sino al Salvador, porque sólo Jesucristo, el Dios hecho hombre, es el único que conviene seguir. Sólo puede exigirnos que le sigamos Aquél que marcha delante de nosotros por el mismo camino, y que está seguro de que no le pasaremos jamás delante, por pequeña que sea la distancia que nos separe de Él. No podemos, ni debemos, ni queremos imitar más que á Aquél del cual estamos seguros que no puede engañarse ni engañarnos, Aquél en quien la fuerza de Dios y la debilidad humana están unidas de un modo tan estrecho y tan viviente, que tenemos en Él continuamente una invitación á marchar hacia delante, un aliento en nuestra impotencia, un compañero en nuestras luchas y en nuestras victorias.

La frase: «Seguir á Jesucristo» tiene más importancia

(1) Matth., VIII, 22; IX, 9; XVI, 24; XIX, 21. Marc, II, 14; VIII, 34; X, 21. Luc, V, 27; IX, 23, 59; XVIII, 22. Joan., I, 43; VIII, 12; XII, 36; XXI, 19, 22.

(2) I Cor., IV, 16; XI, 1. Phil., III, 17.

(3) Cf. Augustin., *In ps.* 39, en. 6.

que sus mismos milagros. Cualquiera puede hacer milagros con la fuerza y la omnipotencia de Dios; pero podemos seguir á Jesucristo únicamente porque es Jesucristo, el Hijo de Dios aparecido en forma humana.

Sin embargo, muchos siguen á Jesucristo, pero no todos de la misma manera. Todos se complacerían en permanecer con Él en la montaña de la transfiguración; pero muchos le abandonan en el desierto, casi todos en la entrada del Huerto de los Olivos, y muy pocos permanecen junto á Él al pie de la cruz.

De aquí resulta que se puede seguir á Jesucristo en diferentes grados. Él que toma la palabra demasiado á la letra, y en sentido exclusivo, tarde ó temprano pone límites á este acto. Así, pues, por hermoso que sea seguir á Jesucristo, es todavía más hermoso estar con Él y permanecer siempre á su lado. Esta era la opinión del que dijo al Señor: «Maestro, yo te seguiré á donde quiera que fueres.»⁽¹⁾ Pero ni siquiera esto era suficiente para el Señor. Quería hacerse acompañar por él al tercero y al más alto grado. Ahora bien, este grado consiste en la vida para Jesucristo. Sólo vive para Jesucristo, en la acepción completa de la palabra, el que no considera ya su vida como su propiedad, sino que la pone sin restricción á disposición de Jesucristo. ¡Ah, si San Pedro hubiese tenido una idea de esto, cuando pronunció las audaces palabras: «Señor, aparejado estoy para ir contigo aun á la cárcel y á la muerte!»⁽²⁾ Desgraciadamente, en la hora decisiva, fué infiel á sus buenos propósitos; pero, más tarde, los realizó á la letra, no sólo consagrando su vida al Señor, sino dándola por Él. Muchos miles han hecho lo que él: los santos mártires son los que han imitado á Jesucristo en la más alta perfección.

Sin duda, sólo en casos extraordinarios concede el Señor á amigos privilegiados la gloria de seguirle de este modo. De ordinario, no exige de nadie que dé su vida por

(1) Luc, IX, 57; Matth., VIII, 19.

(2) Luc, XXII, 33.

Él. Contento está ya cuando uno vive para Él. Pero ¿quién vive en este sentido para Jesucristo? Vive para Jesucristo aquel que juzga todas las cosas desde el punto de vista de saber si ellas conducen ó no á Él. Amar á la Iglesia, la esposa de Jesucristo, obedecerle, fomentar su expansión, aumentar el amor y la devoción á ella, procurar el empleo de todos los medios de salvación, cualesquiera que sean, practicar hasta la más pequeña de las devociones que el amor intensivo de Dios y de las almas ha imaginado, para enardecer los corazones y unirlos más estrechamente con Dios, he aquí lo que se llama vivir para Jesucristo. El que vive para Jesucristo, siente con todos y para todos los que están en comunión con Jesucristo, ó en quienes la obra de Jesucristo está puesta en duda. Vive en comunión con la Iglesia y con todos los santos. Lo que un miembro del cuerpo hace en honor de la cabeza ó del conjunto, le complace tanto como si él mismo lo hiciera. Sufre, expía y hace sacrificios por un miembro débil, hasta que se cure. Si otras asociaciones obtienen más éxito y honra que la de que él forma parte, se alegra de todo corazón, porque ve en cada una de ellas una fracción de la Iglesia, una parte del conjunto. Pero si se cubren de vergüenza, si disminuyen en fuerza y vigor, sufre sinceramente con ellas, porque experimenta el dolor que experimentó el mismo Salvador. Lo que él hace, pertenece á todos, puesto que lo hace, no para sí, sino para Aquél que pertenece á todos. Y aunque se vea obligado á hacer los mayores sacrificios, á soportar los más grandes dolores, no es una pérdida para él, con tal que el Señor sea proclamado por él.⁽¹⁾ Porque el amor no está contento, sino cuando tiene ocasión de dar su vida, ó lo que le es tan caro como la vida, por el que ama.

12. La empresa y el honor del cristiano.—Sin duda alguna que son estas vías muy elevadas. Sin embargo, no son impracticables. Siguiéndolas, han llegado muchos miles hasta las cumbres más elevadas. Millones y millones

(1) Phil., I, 18.

las han seguido. Verdad es que no han escalado las cumbres, pero han continuado con constancia escalándolas lentamente, tanto como sus fuerzas se lo permitían, y de aquí que el Juez misericordioso haya quedado contento de lo que han hecho, cada uno según sus dones, cada uno según su vocación, cada uno según su conciencia. Sólo que hay una cosa que nadie debe negar, y es que ningún fin puede ser demasiado elevado para el cristiano. El más alto grado de la perfección no es superior á las virtudes que le incumben. No se exige de cada uno toda práctica posible de cada virtud; pero, aunque uno realice los actos más heroicos, no practica una virtud particular; no hace más que practicar deberes que incumben á todo cristiano; sólo que los practica en un grado más perfecto, grado al cual ningún mandamiento le obliga. ⁽¹⁾

La vocación del cristiano es, pues, la obligación de llegar á la perfección. ⁽²⁾

En el día de nuestro bautismo, renunciamos al mundo y prestamos juramento á Jesucristo. Entonces entró el Salvador, por la gracia, en nuestro corazón, ⁽³⁾ y nos transformó en hombres nuevos, ⁽⁴⁾ formados á su imagen. Así es como el cristiano se ha convertido en realidad en un segundo Jesucristo, en un hombre en cuyo corazón habita el mismo Jesucristo. ⁽⁵⁾ De aquí que sea una exigencia completamente natural que, en su vida externa, se asemeje de tal modo á Jesucristo, que se revista fielmente de Jesucristo, ⁽⁶⁾ que, propiamente hablando, no sea él el que viva, sino que Jesucristo viva en él. ⁽⁷⁾

Que nadie diga que esto es demasiado difícil. El que ha aceptado el honor, se ha encargado también del deber. Nuestro nombre es al mismo tiempo nuestro honor y nuestra obligación. Nuestro honor consiste en asemejarnos á Je-

(1) Cf. Parte V, *Introducción*, 4; III, 5, 6; IX, 10; XV, 4.

(2) Matth., V, 48.

(3) Joan., XIV, 23; I Joan., III, 24.

(4) Ephes., IV, 24; Col., III, 10.

(5) Ephes., III, 17.

(6) Rom., XIII, 14; Gal., III, 27.

(7) Gal., II, 20; Phil., I, 21.

sucristo, y el derecho á nuestra existencia, en que le honremos. ¿Para qué habitaría Jesucristo en nosotros, sino para sostenernos, cuando trabajamos en asemejarnos á Él? Pues bien; ahora sabemos ciertamente que somos colaboradores de Jesucristo. ⁽¹⁾ Por consiguiente, ¿qué dificultad hay, si nosotros realizamos la menor parte del trabajo y Él la más grande? ¿Qué puede haber de penoso en trabajar con Él, si somos glorificados con Él? ⁽²⁾

Así, pues, la empresa del cristiano se limita al deber de amar con todas sus fuerzas á Aquél que primeramente le ha amado. ⁽³⁾ El amor es insaciable; es también un poder inexorable. Él ha hecho á Jesucristo semejante á nosotros, y nos hará también semejantes á Jesucristo.

Que nadie pregunte, pues, ya si es posible ser cristiano completo. No sólo es posible; es fácil y aun dulce. Nada hay tan dulce como el amor. Ahora bien, lo que constituye al cristiano, es el amor á Jesucristo.

(1) II Cor., III, 9.

(2) Rom., VIII, 17.

(3) I Joan., IV, 19.